

Libros
12


Un despreocupado Malcolm Lowry, que vivió 47 intensos años, casi siempre al calor de un trago

Rescatada de los rescoldos

Malcolm Lowry perdió en un incendio la que creía su única copia de «Rumbo al Mar Blanco». Pero existía otra, que Malpaso publica ahora en España. Su editor explica la peripecia de esta gran obra póstuma de la que ofrecemos un extracto

MALCOLM OTERO BARRAL

El gran editor italiano G. Einaudi dijo que «el éxito abre cajones que deberían permanecer cerrados». Se refería a que la codicia de los editores, o de los herederos, a menudo provoca que se publiquen textos póstumos que los autores mismos habían desechado o que no eran publicables por no estar a la altura del conjunto de su obra. A nadie, más o menos atento a lo que se va publicando, se le escapa que de algunos escritores conspicuos se está haciendo, tras su muerte, una explotación porcina (ya saben que del cerdo todo se aprovecha) y se publican cada vez más obras menores que distan mucho de los libros que provocaron su reco-

nocimiento. Por ser justos, hay que decir que no son siempre cuestiones crematísticas las que hacen aflorar textos mediocres de autores egregios, a veces es simplemente el entusiasmo y la mitomanía que envuelve a algunos literatos lo que nubla el criterio de quienes gestionan su legado. Está claro que es una decisión difícil. Para empezar porque la voluntad del autor, como lo demuestra la trillada historia de Kafka y Max Brod, no es necesariamente la opción más adecuada. Hay además otras consideraciones: una obra menor puede contener las claves que iluminen toda una obra o puede ayudar a entender a su creador. En definitiva, publicar o no un texto póstumo es un acto que requiere cierto rigor y grandeza, no solamen-

te porque hay grandes obras póstumas, el *Persiles* sin ir más lejos, sino porque obstaculizar una publicación puede ser un acto interesado de los que se supone que salvaguardan el prestigio del autor. Hace años, por ejemplo, que los hijos de un gran novelista español impiden que salga a la luz una correspondencia amorosa de su padre con una señora que no es su madre. Los que la han leído aseguran que es estúpida, pero, según parece, nunca lo podremos comprobar.

Deslumbrado

En el caso de Malcolm Lowry (1909-1957) y su *Rumbo al Mar Blanco* sabemos que el manuscrito sobre el que estaba trabajando se quemó en 1944 (en un incendio del que rescató in-

temis *Bajo el volcán*) y que escribió en innumerables ocasiones sobre el sufrimiento y el dolor que esta pérdida le había producido. Nos consta que estaba orgulloso de la novela ya en su primera versión, porque fue la que le dio a leer a Conrad Aiken (que quedó absolutamente deslumbrado por el texto) en 1937 en Cuernavaca. Todo parece indicar que el escritor inglés olvidó que había dejado una copia en casa de su suegra antes de viajar a México. El régimen ético al que se sometía el autor de *Bajo el volcán* tenía sus peajes, entre los que estaba la dificultad para la vida práctica y la desmemoria. Aunque a lo mejor no, y como es también plausible, Lowry, tras casi una década dedicada a trabajar en ese libro, no se vio con fuerzas de

empezar la titánica tarea de corregir el texto desde el principio y decidiera simular el olvido. Es perfectamente posible, pero no es relevante para decidir su publicación hoy. Porque lo verdaderamente importante de *Rumbo al Mar Blanco* es que es una obra mayor, gigantesca. Un texto que los editores originales han cuidado con exquisita y escrupulosa precisión. Una novela que tiene ingentes cantidades de esfuerzo y de talento, que formaba parte del trípico dantesco -del que *Bajo el volcán* era el Infierno y del que *Rumbo al Mar Blanco* era el Paraíso- con el que pretendía culminar su obra. *Rumbo al Mar Blanco* contiene todos los elementos que propulsaron a la posteridad a su autor, que lo hicieron infinito. La autodestrucción, al alcohol, la muerte, los elementos autobiográficos, el viaje o la creación son solo algunos de los vasos comunicantes que conectan sus dos obras cumbre. Hay más juegos de espejo y pasillos secretos y guiños literarios en este volumen soberbio. Porque póstumo, en este caso, no es más que un adjetivo insignificante para definir una novela monumental que no salió del cajón de los descartes sino del rescoldo de las llamas.

Rumbo al Mar Blanco

MALCOLM LOWRY

Los dos hermanos iban pegados a la verja de la penitenciaría. El camino de grava conducía a la carretera principal que venía de Huntingdon. Empezaron a caminar cerro abajo, hacia la ciudad y el mundo, dejando atrás la prisión.

-¿Recuerdas la historia de

John Lee, el hombre al que no pudieron ahorcar? -preguntó Tor.

Pero Sigbjørn no estaba prestando atención y contemplaba la puesta de sol. Ya había olvidado su terrible conversación en el cerro del patíbulo. Por un momento, hasta se olvidó del *Thorstein*. Volvía a amar la vida con la

misma pasión con la que había amado el mar. Se estremeció incluso, sacudiéndose la oscuridad como un caballo intenta sacudirse el tufillo químico de una fábrica.

-Nos falta sol. ¡Estaría bien construir una casa de cristal! -El sol te marchitaría hasta dejarte hecho una cascarrilla. -¿Y qué somos, sino cascarrillas a merced de la tormenta? -Prefiero la oscuridad. -Dios es la tormenta.

Se rieron de su recíproco desdén sin alegría ni acritud, ni siquiera convicción. Habían llegado a la esquina de Chesterton Lane y Sidney Street, en cuya intersección los caminos apuntaban al norte, al sur, al este y al oeste. Mirando al norte, Sigbjørn dijo exultante:

-¿No sientes a veces el deseo de rotar, de romper con todo? ¿Nunca sientes en tu propio ser la redondez de la Tierra?

Tor se encendía un cigarrillo protegiendo la cerilla con la mano.

-Barney, detesto esa energía tuya tan gratuita, ese júbilo... -contestó y, con el cigarrillo encendido, se desembarazó de la toga obedeciendo al mismo instinto que le llevaba a ponérsela en cuanto caía la noche, un instinto que en un estudiante de segundo año delataba un temor a la autoidad casi patológico (...).